

la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo:—Estos bien nos han conocido, yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole:—Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quijote respondió:—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme dó qui-siéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mesmo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejarémos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.



CAPÍTULO LXII.

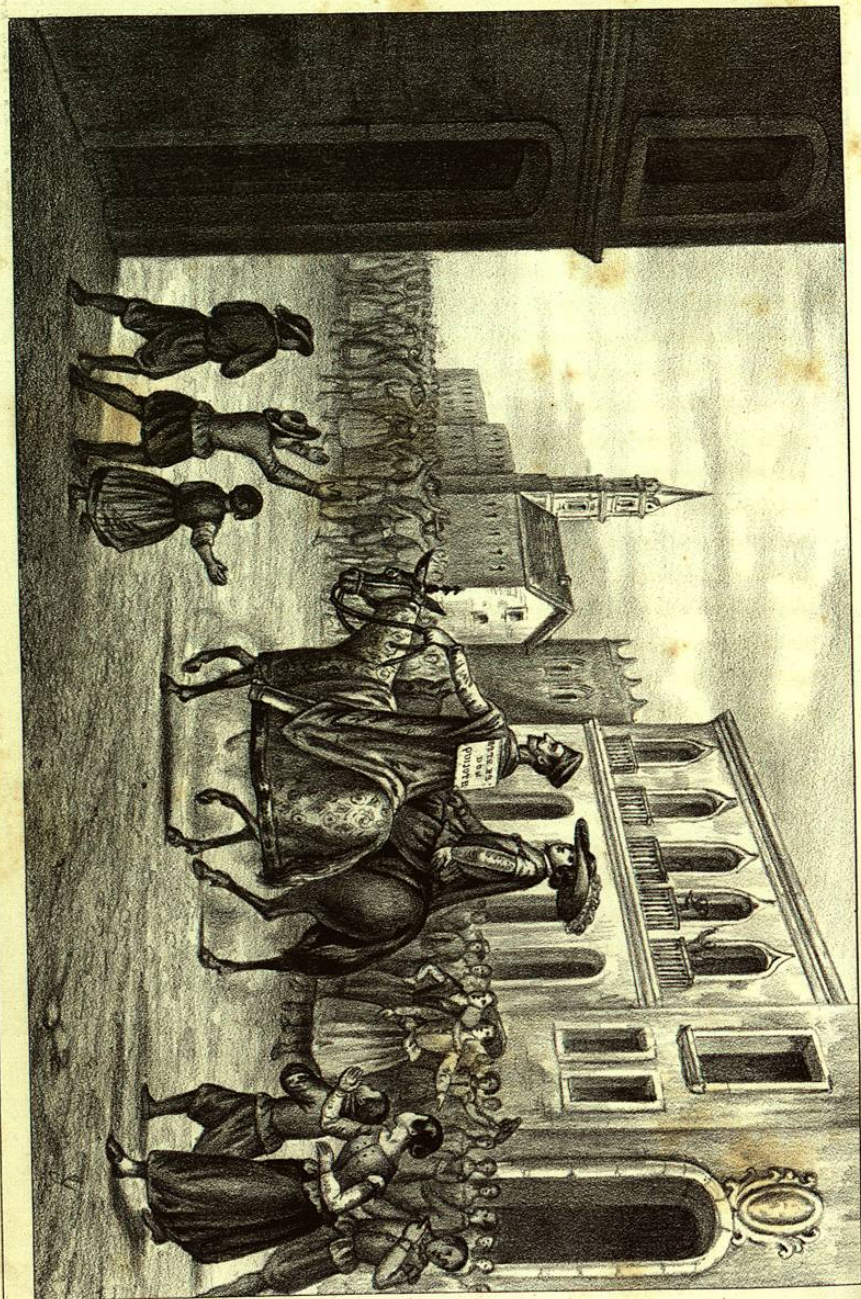
Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

DON Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo, fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa, dijo Don Antonio á Sancho:—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia.—No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entreambos ocho dias: verdad es, que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir,

que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo, y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa. —Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que, cuando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. —Cómo! dijo Don Antonio, ¿Gobernador ha sido Sancho? —Sí, respondió Sancho, y de una Ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mesmo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse Don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: —Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir, novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. —Así lo juro, respondió Don Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad, porque quiero que sepa vuesa merced, señor Don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar, así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta, que lo ha arrojado en los abismos del silencio. —En fe desa promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien

comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano Don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pié de jaspé sobre que se sostenia, y luego dijo:—Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan¹, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por esperiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la esperiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo, que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: Este es Don Quijote de la Mancha, admirábase Don Quijote de ver, que cuantos le miraban, le nombraban y conocian, y volviéndose á Don Antonio, que iba á su lado, le dijo:—Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa, por

¹ Este Escoto ó Escotillo era italiano, natural de Parma, y vivia en Flandes en tiempo de Alejandro Farnesio.



Tomo II.

DON QUIJOTE.

Cap. LXII.

todos los términos de la tierra: si no, mire vuesa merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.—Así es, señor Don Quijote, respondió Don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz diciendo:—Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha: cómo ¡qué hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestras? Tú eres loco, y si lo fueras á solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso, y te desnatan el entendimiento.—Hermano, dijo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman.—Par diez vuesa merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima, que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería: y la en hora mala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas, porque la muger de Don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas, á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta

priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdénaba: pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dijo: *Fúgite partes adversæ*: dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos, allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo Don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole:—Nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado: ¿pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arrojándole, para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á Don Antonio ser bien hacer la esperiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la muger de Don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto; y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto, y aun si Don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza, fué el mesmo Don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:—Dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon:—Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al derre-